

Un imperio de palabras

Diana del Ángel

EL CAMPO DE LA LITERATURA SE FORMA no sólo gracias a la pluma de los grandes creadores, sino también, y en buena parte, al trabajo tenaz de hombres como Raúl Ortiz y Ortiz, quien además de ser crítico de música, conocedor de teatro, embajador cultural de México en países como Francia e Inglaterra, traductor incomparable, exégeta de Proust y Joyce y avezado cinéfilo, nos ha enseñado, ante todo, a amar la literatura. Su nombre va adosado, como los sellos a las tarjetas postales, a *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry; cuya excelente traducción sólo es comparable a la insólita novela del escritor inglés. Su nombre es inevitable siempre que se invoca a la poeta Rosario Castellanos, de quien fue amigo y continúa siendo fiel estudioso al grado de haber contribuido a la reciente revaloración de su obra. Sin embargo, su nombre no es todo lo conocido que debería, quizá porque es, como dice Carlos Miranda, “miembro notable de la categoría de grandes literatos sin una obra propia”.

Hasta ahora no había un libro que conjuntara parte de su obra y sugiriera la importancia de su labor. *El imperio de la armonía* (ICM, 2012) reúne textos de varia índole, algunos traducidos *ex profeso* para la ocasión, mediante los cuales podemos acercarnos a la obra crítica creativa de un hombre que ha sido forjador de la literatura mexicana desde mediados del siglo pasado. Este libro, de elegante prosa, no es la primera publicación hecha para poner de relieve el trabajo de Raúl Ortiz. Primero fue reeditado el cuento “Bajo el volcán”, traducido años antes por el propio Ortiz; luego, dentro de la colección La Sombra del Viajero, se dio a conocer en el 2011 *Archivo Lowry*, en donde el célebre traductor del escritor inglés generosamente hace pública parte de su biblioteca y da al lector la posibilidad de acceder a gran variedad de documentos acerca de esa novela paradigmática de la narrativa contemporánea.



Malcolm Lowry

El libro está dividido en cinco secciones: “Entre libros”, “Escenarios y movimientos”, “Arte estático”, “Transcripciones” y “Constricciones y enmiendas”. La primera parte contiene varios textos dedicados, como el título sugiere, a la literatura. Algunos alrededor de libros en particular, entre los que resalta el escrito en torno a *Caminos sin ley*, del novelista inglés Graham Greene. Sobre Rosario Castellanos encontramos las “Notas para el programa de la obra de *El eterno femenino*”, estrenada un año después de la muerte de la escritora chiapaneca; y una valiosa “Introducción...” a su poesía, que acompaña el volumen de *Voz Viva*, editado por la UNAM. Los versos de la también embajadora resuenan, junto a los de José Gorostiza y Nezahualcóyotl en la conferencia sobre la “Muerte”, que Raúl Ortiz pronunció en la inauguración de la exposición “The Skeleton at the Feast”, en el Museo de la Humanidad de Londres; y que es uno de los textos traducidos para la edición.

La segunda parte, “Escenarios y movimientos”, toma su nombre de una columna que Ortiz y Ortiz mantuvo durante 2000 y 2001 en el periódico *El Financiero*. La lectura de estos textos nos transmite una gran pasión por la música y por el acto de conversar o escribir sobre ésta. “La nostalgia de Schubert”, “El espíritu de Verdi”, la *Salomé* de Zemlinsky, la noche de Mendelssohn o los dulces acordes de Erik Satie resuenan entre la prosa vigorosa de Raúl Ortiz. Los breves artículos nos hablan, sutil y sensiblemente, de los conciertos realizados en la ciudad de México durante ese par de años; lo cual, además de alimentar nuestro conocimiento musical nos permite reconstruir un poco del ambiente artístico y cultural de una ciudad que quedó atrás.

“Arte estático”, la tercera sección, contiene cuatro textos sobre pintura. El primero de ellos es

“Actualidad de William Hogarth”, donde Ortiz da muestras de su sensible conocimiento del arte plástico en general, y del pintor inglés en particular. “La visión de Hogarth va a plasmar la realidad de toda esta transformación histórica que evoluciona entre el segundo cuarto del siglo XVIII y 1764, año en que el artista muere”, apunta el crítico mexicano. De sumo interés resulta también el artículo dedicado a “Adela Breton”, artista inglesa poco conocida en México, pero cuya obra estrechó los lazos entre las costas de las Islas Británicas y la península de Yucatán. Gracias al agradable relato, sazonado de eruditas observaciones, nos enteramos de que esta pintora viajó trece veces a la zona maya en los albores del siglo XX, lo cual la convierte en una mujer audaz como pocas. La nitidez de las descripciones hechas por Ortiz nos deja ver en los cuadros de Adela Breton el influjo del paisaje del trópico: “aquí la geometría distribuye perspectivas donde el nopal se inclina ante la rosa, y el arco barroco, ilustrado con exigente precisión de miniaturista, descubre en lejanía las siluetas acompasadas de los tejados que danzan en torno a la cúpulas de color tornasol”. Cierra esta sección un elegante texto que es al mismo tiempo invitación, agradecimiento y huella de una labor tan humanitaria como artística: la exhibición de arte organizada por el Grupo de los Dieciséis Denos una Mano.

El cuarto apartado, “Transcripciones”, reúne tres ensayos puntualmente traducidos por Raúl Ortiz. Los tres son seductores por su contenido y admirables por la exactitud de su prosa; dos de ellos están escritos originalmente en inglés y uno en francés. El primero, “Los fluidos en Wagner”, de Susan Sontag, es deslumbrante por la cantidad de hilos inadvertidos que pone al descubierto entre la música del compositor alemán, el agua, la sangre y el semen. El segundo, “Acerca de



Raúl Ortiz y Ortiz
El imperio de la armonía
Instituto de Cultura de Morelos
2012

Gertrude Stein” de James Laughlin, donde el escritor norteamericano comparte la experiencia de haber convivido, en el verano de 1934, con una de las escritoras que “por su entrega a las posibilidades del idioma (...) ha llegado a disfrutar de una segunda vida en la emulación y estima de escritores jóvenes”. Finalmente, en “¿Por qué estudiamos a los presocráticos?”, del filósofo griego Kostas Axelos, pone de relieve la trascendencia y actualidad del pensamiento más antiguo —por mucho tiempo subyugado por la tradición platónica— en la filosofía y la cultura del siglo xx.

Además de ofrecernos esta tercia de bellos textos, esta sección es la muestra del ejercicio de la traducción, una de las actividades con la que mayormente Raúl Ortiz ha nutrido las letras mexicanas. Si bien es cierto que las obras traducidas por Ortiz son escasas, también lo es que son fundamentales para la configuración de la literatura, no sólo de nuestro país, sino universal. La última sección del libro, “Enmiendas y constricciones”, recoge cinco entrevistas, donde uno de los temas recurrentes es el arte de traducir. En la charla que sostiene con Margaret Shedd, ella le pregunta “*Cuál es, en general, tu sentimiento más fuerte acerca de Bajo el volcán ahora que has acabado el primer borrador de la traducción?*”, a lo que Ortiz contesta: “Que tiene una estructura musical, con su desarrollo de temas, como Proust tal vez, y Proust fue como Wagner. O que arquitectónicamente, el libro es una catedral.” Esta primera impresión se afirma con el tiempo pues, en una conversación posterior con Elena Poniatowska,

Ortiz concluye: “La traducción resultó un reto y a mí me gustan los retos. Se trata de un libro muy difícil, de un inglés sobrio, tan soberbio que yo creo que Lowry es el mejor prosista del siglo xx.”

El arte de traducir no lo sería si no entrañara un conocimiento profundo del idioma de llegada. Dice Raúl Ortiz a Myriam Moscona, en otra de las entrevistas dedicada por completo a la lengua española: “Las palabras son lo más cercano a la música. Pero con las palabras se pueden hacer (y deshacer) muchas más cosas. En la medida en que uso mejor el lenguaje rompo la cárcel de soledad en la que todos estamos presos y eso me otorga una libertad.” Este amor hacia el español puede constatarse en la elegante construcción de las frases, en la minuciosa elección de adjetivos o en la sutil cadencia de la prosa contenida en *El imperio de la armonía*, que además de ofrecernos bellos contenidos nos deleita con la filigrana del lenguaje. Un rasgo que habla del humanismo profesado por el autor de este libro es la preocupación auténtica por el devenir cultural mexicano, pues ya sea que hable en la apertura de una exposición londinense, que reciba la condecoración como Caballero de la Orden Nacional de la Legión de Honor de Francia o que diserte sobre las melodías de la *belle époque*, la prosa de Raúl Ortiz gravita en torno a temas actuales, participa tenazmente en más de medio siglo de tradición literaria y, gracias ello, cobra significado no sólo para sus contemporáneos, sino para las jóvenes generaciones que se inician en el camino de las letras. ■